

ALGUNOS ASPECTOS DE LA ACENTUACION CASTELLANA

La palabra *acento* deriva del latín *accentus*, forma compuesta de *ad*, “cerca” y *cantus*, “canto”.

El acento es la elevación de la voz en la pronunciación de una palabra. Mediante este elemento articulatorio se destaca una sílaba en el seno de la palabra. Hay lenguas (todas las románicas y las germánicas / — inglés y alemán /), en las que dicho elemento articulatorio consiste en una mayor *intensidad*, es decir, en un mayor esfuerzo espiratorio. Recibe por ello el nombre de *acento de intensidad o dinámico*.

La acentuación puede ser prosódica u ortográfica.

El acento prosódico es, como ya se dijo, el aumento de intensidad con que se hiere determinada sílaba de una palabra de dos o más sílabas.

El acento ortográfico es la representación gráfica (´) que señala el acento prosódico, cuando éste debe marcarse por exigirlo las reglas de acentuación.

Las reglas de acentuación ortográfica son harto conocidas (aunque no siempre respetadas) y en caso de duda se puede acudir a cualquier gramática normativa de la lengua española. Pero en esta nota no las vamos a transcribir, sino que nos referiremos a algunas modalidades y casos especiales que se presentan en la actualidad.

Valor fonológico del acento

El acento en español (y también en italiano y en portugués) además de destacar una sílaba en el seno de una palabra, puede tener un ca-

rácter fonológico capaz de alterar el significado de una palabra, según la sílaba que lo lleva (de manera análoga al cambio de un fonema: *ma-dre* — *padre*; *dato* — *dado*; *caro* — *carro*; *halla* — *haya*; etc.).

Ejemplos de oposición fonológica por diferencia de acentuación: *hablo* — *habló*, *ira* — *irá*, *porque* (conjunción causal) — *porqué* (sustantivo (“causa”)), *ame* — *amé*, *sabia* — *sabía*.

Además existen grupos de tres palabras que se diferencian tan sólo por el acento prosódico: *capítulo* — *capitulo* — *capituló*, *hábito* — *habito* — *habitó*, *tráfico* — *trafico* — *traficó*, etc.

Pronunciación de los pronombres personales enclíticos

Los pronombres personales enclíticos son aquellos que se colocan después de un verbo con lo cual llegan a formar una estrecha unidad y además, en castellano, se escriben junto al verbo que los precede. Ej. *dime*, *dame*, *váyase*, *tómelo*. En portugués, en cambio, estos pronombres, si bien forman una unidad con el verbo, lo mismo que en castellano, se separan por medio de un guión. Ej. *queixar-se* “quejarse”, *ou-vido-o* “oyéndolo”, etc.

En castellano puede haber dos pronombres enclíticos seguidos. El primero puede ser: *me*, *te*, *se*; y el segundo es *lo* (o sus variantes: *la*, *los*, *las*). Ej. *entréguemelo*, *quítatelo*, *póngasela*, etc.

El resultado de estas uniones, como se ve, es en muchos casos una palabra esdrújula o sobresdrújula que debe acentuarse como tal prosódica y ortográficamente.

Estas palabras tienen un acento secundario, o sea menos fuerte que el de la sílaba principal. Por lo tanto en *tómelo*, la sílaba tónica es *to*, y *lo* lleva un acento secundario, es decir, se pronuncia con mayor intensidad que *me* y menor que *tó*.

Sin embargo, en el habla popular argentina, desde tiempo inmemorial, estos pronombres enclíticos, en posición final, cargan el acento principal. Inclusive las personas cultas tienden a acentuar mal los verbos seguidos de pronombres enclíticos, y es casi seguro que lo hacen sin darse cuenta. Esta modalidad contribuye a diferenciar a los rioplatenses frente a los demás hispanohablantes; por otra parte contribuye a alterar la naturaleza de la lengua castellana. Esta particularidad se ha generalizado a tal punto que es dado encontrar personas, inclusive entre alumnos de nivel terciario, que colocan un acento ortográfico sobre dichos pronombres. Ej. *vayasé*, *digaseló*.

¿ Período o periodo?

A veces se vacila entre la pronunciación *período* y *periodo*. ¿Cuál de las dos corresponde? Esta pregunta podría extenderse a otras palabras como: *gladiolo* — *gladiolo*, *austríaco* — *austriaco*. La primera forma es la más correcta porque corresponde a la lengua culta que perpetúa la modalidad del latín clásico. Sin embargo, ya en el latín vulgar, cuando había una *i* (vocal más cerrada acentuada) seguida de una *e* (u otra vocal abierta como *o*, *a*) el acento prosódico tendía a desplazarse hacia la segunda vocal. Lo comprueba el hecho de que *mulierem* ha dado los siguientes resultados en las lenguas romances: español *mujer*; portugués *mulher*; dialectos italianos: veneciano *muier* o *muger*; napolitano y otros dialectos meridionales *mogliera*, etc. En todas estas lenguas se acentúa la *e*, o sea la vocal más abierta (respecto de la *i* que es más cerrada). (Cfr. R. Menéndez Pidal, *Manual de Gramática Histórica Española*. Madrid, Espasa—Calpe, 1952, parr. 6, 2).

Por otra parte el español manifiesta una preferencia por las acentuaciones graves y no por las esdrújulas, contrariamente a lo que sucede en las lenguas germánicas, como el alemán y el inglés. Lo corrobora el hecho de que en los siguientes topónimos, los anglófonos hacen recaer el acento prosódico en la antepenúltima sílaba, contrariamente el español: Cánada, Flórida, Pánama, etc.

En la actualidad se ha impuesto la forma *gladiolo* y es probable que también *periodo* y *austriaco* terminen por triunfar frente a *período* y *austriaco*.

¿Táctil o tactil?

En castellano la terminación (o sufijo) *-il* puede ser tónica (ej. tamboril, ministril, añil, perejil, mujeril, pueril, infantil, sutil, etc.) o bien átona (ej. fácil, útil, difícil, dúctil, fósil, errátil, portátil, volátil, etc.)

Existen formas llanas que tienden a volverse agudas. Los diccionarios de la lengua española registran como única forma *táctil* (cuyo plural es *táctiles*). Sin embargo es dado oír en la pronunciación corriente *tactil*. Podría ser que con el tiempo ésta termine por imponerse, como ya ocurrió con *pensil* y *reptil* que desplazaron a las formas más anticuadas *pénsil* y *réptil* (usadas todavía por los clásicos españoles), a pesar de que éstas son más fieles al latín *pénsilis*, *-e* y *réptilis*, *-e*.

En los últimos años, sobre todo a causa del rearme, los periódicos tratan a menudo el tema de los "*misiles*". Muy probablemente la palabra ha sido tomada del inglés *missile*, que significa "proyectil", arma arrojadiza". A su vez el inglés derivó esta voz del adjetivo latino *míssilis*, *míssile*, que tiene el mismo origen que el verbo *míttre* (supino *missum*), "mandar", "enviar".

Tanto en latín como en inglés, esta palabra lleva el acento prosódico en la sílaba *mi*—; pero como en esas lenguas no se emplea el acento ortográfico, el hispanohablante que desconoce esa modalidad, al transcribir esta palabra de un periódico escrito en inglés, tiende a acentuar la sílaba *sil*—, aplicando las modalidades de la propia lengua.

Sin embargo la acentuación aguda de *misil* está reñida con la etimología y por lo tanto no sigue la misma modalidad de otros adjetivos terminados en —*il*, de acentuación grave, como ya hemos señalado más arriba (a los que podría agregarse: *fútil*, *móvil*, etc.)

Tal vez haya contribuido a difundir la acentuación aguda una falsa analogía con *proyectil*, ya que ambos sustantivos designan armas arrojadas.

También *proyectil* (que es un derivado culto formado modernamente con el latín *projicere*, “arrojar”) habría tenido que acentuarse en la penúltima sílaba *proyéctil*, análogamente al portugués *proyéctil* y al italiano *proièttile*. La acentuación aguda del castellano indica que esta palabra ha sido tomada del francés *projectile*, y no del inglés que se escribe como en francés, pero se acentúa en la antepenúltima sílaba —*je*— (Cfr. J. Corominas, *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid, Ed. Gredos, 1954).

Tampoco se ajusta a la etimología la acentuación de *textil* que deriva del latín *téxtilis*, también por conducto del francés *textile*. El italiano *tèssile* en cambio conserva la acentuación latina.

Diferencias de acentuación

En algunos casos se observan diferencias de acentuación entre los países de habla castellana. Ejemplos:

— *Oscar* (en la Argentina) frente a *Óscar* (en España)

— *taxi* (" " " ") " " *taxi* (en Méjico)

(es una forma reducida de *taxímetro*)

— *fútbol* (Argentina) derivado del inglés *foot—ball*, por el conducto oral; *futbol*, con acentuación aguda, es una pronunciación que se observa a veces en España, a pesar de que los diccionarios acentúan ortográficamente la *ú*; la misma acentuación aguda se observa en portugués *futebol*. Esta acentuación se debe probablemente al hecho de que la palabra ha penetrado por el conducto de la lengua escrita (que no registra el acento ortográfico) y no de la oral o bien por influjo de la pronunciación francesa.

¿Por qué autobús es agudo y ómnibus esdrújulo?

La primera palabra que se utilizó, en orden cronológico, fue *ómnibus* que corresponde al dativo plural del adjetivo *omnis*, —e y que, a la letra, significa “para todos”. Con ella se designa un carruaje público que recorre determinadas calles de una población para transportar a los viajeros. Además hace alusión al hecho de que el servicio es “para todos” o “colectivo” y no limitado como el que prestan los taxímetros.

Autobús el español lo ha tomado del francés; está compuesto de *auto (mobile)* y *(omni) bus*, “automóvil para todos”. Por el hecho de ser un calco de *ómnibus* debería acentuarse también en la antepenúltima sílaba, pero como se ha imitado la pronunciación francesa, la palabra es aguda. En italiano en cambio se dice *autobus*, de acuerdo con el modelo *ómnibus* y sus congéneres: *filobus* (trole, o trolley o trolebús), *aërobus* (avión de mediana capacidad para el transporte de pasajeros en breves trayectos), *bibliobus* (vehículo habilitado para biblioteca o librería). Cfr. Nicola Zingarelli, *Vocabolario della lingua italiana*. Bologna, Ed. Zanichelli, 1971).

En el plural se vacila entre la forma invariable del singular “los autobús” y el plural analógico, según las normas generales “los autobuses”. En un mismo artículo publicado por el diario “Los Andes” 5. 8. 82 (de Mendoza) aparecen dos veces *los autobús* y dos veces *los autobuses*.

El “esdrújulismo”

Se observa la tendencia a acentuar en la antepenúltima sílaba algunas palabras, como por ejemplo *intérvalo* por *intervalo*, *pedícuro* por *pedicuro*, *Ganímedes* por *Ganimedes*.

Esta tendencia es llamada por algunos “esdrújulismo”, palabra que no figura todavía en los diccionarios, aunque aparece el verbo *esdrújular*, “dar acentuación esdrújula a la voz” (Cfr. *Diccionario Enciclopédico Vergara*. Barcelona, Ed. Vergara, 1965).

El “esdrújulismo” en algunos casos se debe al influjo del inglés.

Acentuación de los topónimos

La acentuación de los topónimos que no pertenecen al mundo hispánico presenta no pocas dificultades, debido al hecho de que, como ya se ha señalado, las otras lenguas no acentúan ortográficamente como el castellano.

Esto se da sobre todo con los topónimos italianos de tres o más sílabas. Se oye a veces la pronunciación *Rávena* (ciudad de Italia, capital del imperio romano de Occidente en tiempo de Honorio y más tarde exarcado de Romaña). Inclusive da esta pronunciación el *Diccionario*

Latino—Español de Agustín Blánquez Fraile. Barcelona, Ed. R. Sopena 1946. Sin embargo lo correcto es la pronunciación grave *Ravena*, tanto de acuerdo con la etimología, como con la actual pronunciación italiana *Ravenna*. Este criterio es seguido, por ejemplo, por Luis Macchi, *Diccionario de la Lengua Latina*. Buenos Aires, Ed. Don Bosco, 1958; y también por otros autores, como el ya citado Diccionario Enciclopédico Vergara.

ACENTUACION DE LAS VOCES LATINAS Y DE OTRAS LENGUAS

La acentuación en latín

El latín no conocía un sistema de acentuación ortográfica análogo al del griego y ni siquiera al del castellano. Las palabras de una o dos sílabas no presentaban dificultades (ya que no había palabras agudas, sino tan sólo graves y esdrújulas). Para las palabras de tres o más sílabas se tenía en cuenta la cantidad (o duración) de la penúltima sílaba: si ésta era larga, cargaba el acento prosódico. Ej. *nātūra, monēre, amāre, regīna*. Si en cambio la penúltima era breve, el acento caía en la antepenúltima. Ej. *dominus, famula, agricola, legere, sapere, dicere*, etc. (léanse todas esdrújulas).

Pero como se perdió la noción de cantidad del latín clásico, algunas lenguas romances (es decir derivadas de la lengua de Roma) han adoptado un sistema de acentuación ortográfica, como ocurre sobre todo en castellano, en portugués y en menor medida en italiano.

Con el propósito de facilitar la pronunciación del latín, en los misales destinados al pueblo, los que se utilizaron en las iglesias del mundo hispánico hasta las reformas litúrgicas de 1965, se acentuaban ortográficamente las palabras, según las modalidades de la lengua española. Esto se debió al hecho de que la mayoría de los feligreses desconocían el latín y por lo tanto a menudo alteraban los textos sagrados.

Este mismo criterio de los misales ha sido adoptado por las gramáticas normativas de la lengua española que prescriben la acentuación ortográfica de las palabras latinas, tales como: *tedéum, ídem, álbum, ultimátum*.

En la actualidad se da a menudo el caso de que algunas voces latinas son exhumadas por los que hablan lenguas tales como el inglés y el alemán, que no tienen acento ortográfico; o como el italiano, que sólo acentúa ortográficamente las palabras agudas; o como el francés, lengua en la que el acento ortográfico no indica la sílaba tónica, sino la abertu-

ra de la vocal: *é* cerrada (ej. *décembre*); o *è* abierta (ej. *père, mère*); o bien el acento circunflejo ($\hat{\ }$) para indicar que ha desaparecido la consonante *s* y que la vocal es larga (ej. *pâque*).

Debido a las modalidades que hemos expuesto, las palabras latinas que se emplean en los periódicos de lengua alemana, inglesa, francesa e italiana, aparecen sin acento ortográfico. Esto determina que algunos periodistas del mundo hispánico transcriban los términos latinos como aparecen en los diarios de dichas lenguas y no apliquen las modalidades ortográficas de la lengua española, como lo prevén las gramáticas de de nuestra lengua. Ej. *Adveniat, Misereor* (nombres que se dan en Alemania a dos colectas que se efectúan, la primera en el tiempo de adviento y la segunda en cuaresma, destinadas a las iglesias pobres del tercer mundo), *Caritas, Unitas*. Para leer correctamente estas palabras hay que colocarles un acento ortográfico en la antepenúltima sílaba: *Miséreor, Advéniat, Cáritas, Únitas*.

Lamentablemente son pocos los que conocen el latín y los que tienen rudimentos de las principales lenguas de cultura. Por estos motivos es dado oír hablar por radio o por televisión de "*Caritas diocesana*" o del operativo "*Unitas*", lo que por una parte desmerece al locutor, y por otra produce en las personas que tengan algunos rudimentos de latín, el mismo efecto que el chirrido de una piedrita bajo una puerta.

En el caso de *Únitas* contribuye a la mala acentuación prosódica el hecho de que a menudo se omite acentuar las mayúsculas por razones técnicas.

Otra fuente de confusión es la publicidad de productos elaborados originariamente en países de otras lenguas. Esto ha determinado que en lugar de decir el *video* (como sería lo correcto), se haya generalizado (por lo menos entre nosotros) la pronunciación *video* (grave).

Otra dificultad de pronunciación de voces latinas la representa la locución "*curriculum vitae*". En latín *ae* forma un diptongo que se lee *ai* (según la pronunciación clásica o restituta) o bien *e* (según la pronunciación eclesiástica o italiana). De cualquier modo en la palabra *vitae* no debe acentuarse la *a*, sino la *i*; por lo tanto la pronunciación más aceptable es "*currículum vite*".

La carencia de acento ortográfico puede llegar a afectar inclusive la pronunciación de voces de nuestra lengua. Por ejemplo, en español existe el adjetivo *níveo, nívea*, que significa "de nieve" o "semejante a ella". A pesar de ello todos dicen *crema nivea* (con acento prosódico en la *e*). La razón del cambio prosódico se debe al hecho de que este producto no es originario de los países hispánicos (se da en Italia, Francia, Estados Unidos, etc.) y cuando comenzó a publicitarse y venderse entre nosotros, nadie se preocupó por ponerle el acento ortográfico. Esto

se produjo posiblemente por una de las siguientes cuatro causas. 1) por negligencia; 2) por desconocimiento del adjetivo español *nivea*; 3) por desconocimiento u olvido de las normas de acentuación ortográfica; 4) o bien porque se ha querido hacer una broma (de gusto discutible): la crema es tan transparente que "ni vea". Las consecuencias son que si una persona va a una farmacia argentina y pide el producto al que nos hemos referido, pronunciando correctamente su nombre, es probable que desconcierte al vendedor o que por lo menos tome al cliente por un extranjero o por una persona extravagante.

Acentuación de las palabras francesas

El francés tiene (como ya se dijo antes) tres acentos ortográficos: el agudo (´), el grave (`) y el circunflejo (^). Pero ninguno de ellos sirve para indicar la sílaba fuerte (ya que en francés el acento prosódico recae siempre en la última sílaba), sino sobre todo para diferenciar la vocal *é* (cerrada) de la *è* (abierta).

El desconocimiento del francés ha determinado que la palabra *élite* se pronuncie esdrújula y no grave, como sería lo correcto, ya que se dio al acento ortográfico de la primera *é* el valor que tiene en español. Sin embargo en portugués el galicismo *elite* aparece sin acento ortográfico y se pronuncia grave, o sea sigue la modalidad del francés.

Acentuación de las palabras italianas

Los italianismos en las Repúblicas del Plata (Argentina y Uruguay) son más numerosos que en los restantes países hispánicos. Esto es una consecuencia del aluvión inmigratorio de italianos que se produjo en las últimas décadas del siglo pasado y que continuó en el siglo XX (salvo los paréntesis de las dos guerras mundiales) hasta fines de la década del cincuenta.

La mayoría (o la casi totalidad) de los italianismos han pasado al castellano rioplatense por el conducto de la lengua oral y por este motivo conservan casi siempre inalterado el acento prosódico del italiano o de sus dialectos.

Otro destino han conocido los pocos italianismos introducidos por conducto de la lengua escrita. Antes de ocuparnos de ellos recordamos que el italiano acentúa ortográficamente sólo las palabras agudas (*amò, sarà, perchè, parti, virtù*), pero no las esdrújulas, salvo en muy pocos casos para diferenciarlas en cuanto a su valor semántico. Ej. *principi*, "príncipes", frente a *principi*, "principios".

Por este motivo no llevan acento ortográfico nombres como por ejemplo *Paolo* y *Paola* que (por razones que desconocemos) se han pues-

to de moda en la actualidad en la Argentina, a pesar de las limitaciones previstas por los Registros Civiles para los nombres extranjeros. Casi no hay telenovela en donde no aparezca algún "Paolo" o alguna "Paola". Es indudable que estos nombres no han penetrado por conducto de la lengua hablada, que tiende a conservar la acentuación prosódica como en las lenguas de origen, sino por conducto de la lengua escrita. Y, como hemos señalado, el hispanohablante tiende a aplicar las reglas de acentuación ortográfica que aprendió en la escuela, a todas las otras lenguas: clásicas o modernas.

El italiano y el español son dos lenguas hermanas, ambas derivan del latín, y, por lo general, coinciden bastante en la acentuación prosódica heredada de la lengua madre.

Ahora bien, si en español se dice *Pablo* y *Paula* y en italiano *Páolo* y *Páola*, no hay razón para empecinarse tanto con las formas llanas *Pao-lo* y *Paola* que no son ni italianas ni españolas, o, como se dice en el habla popular: "ni chicha ni limonada"

Acentuación de los nombres propios

Los nombres propios (ya sea antropónimos, es decir nombres de pila y apellidos; ya sea topónimos, es decir nombres de lugar) se acentúan ortográficamente según las normas generales. Ej. Cándido, Adrián; Pérez, Rodríguez, López; América, Méjico, Córdoba.

Se da a veces entre nosotros el caso de encontrar un apellido, por ejemplo *Martinez*, escrito sin acento. Al hacer notar la carencia del signo diacrítico o falta ortográfica a la persona que lleva dicho apellido, se oye esta contestación: "El empleado del Registro Civil no colocó el acento en la partida de nacimiento y por lo tanto tengo que seguir escribiendo mi apellido sin él".

Estas omisiones, debidas a la ignorancia o a la momentánea distracción de un funcionario público son causas de confusiones y complicaciones. En efecto, si la persona que se llama *Martinez* declara su apellido en cualquier repartición pública o entidad privada es casi seguro que quien oye pronunciar dicho apellido, le colocará un acento en la *í*, según las normas ortográficas de nuestra lengua.

No parece justo que la persona interesada tenga que padecer las consecuencias de un error cometido por un empleado público. De aceptar este criterio todos los errores de los Registros Civiles terminarían por dictar normas a la lengua española; de ser así no se justificaría la existencia de las Academias de la Lengua.

Quien ve *Martinez* escrito sin acento, puede pensar que la persona que lleva dicho apellido no es ni siquiera capaz de escribir correctamen-

te el propio nombre, y por lo tanto podría formarse un concepto equivocado acerca de dicha persona.

En estos casos debería existir la posibilidad de modificar o corregir como corresponde el nombre (o el apellido), sin muchas formalidades burocráticas o peor todavía, sin trámites judiciales molestos y onerosos que desaniman y disuaden a cualquiera.

Acentuación de los nombres propios de otras lenguas

Con respecto a la acentuación de los nombres propios de otras lenguas, se observan ciertas discrepancias de criterio que en la práctica son fuentes de vacilaciones y de confusiones.

La Real Academia Española, en su *Gramática de la Lengua Española*. Madrid, 1931, párrafo 541, c, sostiene que: "Los términos latinos o de otras lenguas usados en la nuestra, y los nombres propios extranjeros, se acentúan con sujeción a las leyes prosódicas para las dicciones castellanas". Términos latinos: *tránseat*, *ídem*, *ítem*, *accésit*, *memorándum*, *exequátur*. Términos de otras lenguas: *récord*, *fútbol* (de origen inglés). Topónimos: franceses: *Lyón*, *Amiéns*; ingleses: *Wíndsor*, *Léicester*. Apellidos: alemanes: *Schúbert*, *Schlégel*, *Wínckelmann*, *Léibniz*.

Este criterio ha sido confirmado por la misma Academia en: *Nuevas normas de prosodia y ortografía*. Ordenación didáctica y justificación de Gay. Buenos Aires, 1953, Cap. II: *Uso preceptivo de la tilde*, párrafo 11, en donde se lee: "Los nombres geográficos ya incorporados a nuestra lengua o adaptados a su fonética, se acentuarán gráficamente con arreglo a las normas generales. Así pues, escribiremos *París*, *Alejan-dría*, *Berlín*, *Moscú*, etc."

También adopta este criterio Alfredo Goldsack Guíñazú en: *Castellano*. Primer Curso. Buenos Aires, Ed. Kapelusz, 1953, pág. 171, se lee: "Las palabras extranjeras no castellanizadas se acentúan según las reglas generales, pero se escriben y pronuncian según el idioma de origen: *Wágnér*, *Schúbert*, *Wáshington*, *Bísmark*, *memorándum*, *ídem*, etc."

Este criterio tendría que imponerse. Sin embargo en el *Diccionario gramatical* de Emilio M. Martínez Amador, Barcelona, Ed. Sopena, 1961, pág. 49 (el cual cita la Academia, *Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía*, 1952), leemos: Por lo que respecta a los nombres propios extranjeros, "éstos se escribirán sin ponerles ningún acento que no tengan en el idioma original. Cuando se trata, en cambio, de nombres geográficos ya incorporados a nuestra lengua o adaptados a su fonética, tales nombres no se han de considerar extranjeros y se han de acentuar gráficamente con arreglo a las normas generales".

Cabe preguntarse: ¿Cuáles son los nombres geográficos ya incor-

porados a nuestra lengua y cuáles no han sido incluidos aún? En la práctica no es fácil determinarlo, de allí surgen las vacilaciones y las incongruencias.

A veces las discrepancias de criterio se dan en una misma obra con respecto a la acentuación de un nombre extranjero. Así por ejemplo en el *Nuevo Pequeño Larousse Ilustrado*. París, 1954, se escriben sin acento los siguientes nombres propios: Schiller, Schubert, Wrangel, etc.; y en cambio con acento: Schlégel, Wágner, Wórcester, Wáshington, etc. En rigor, el acento ortográfico debería colocarse también en el primer grupo y no hay una razón para hacer semejante discriminación.

Por su parte el *Diccionario Enciclopédico Vergara* (en seis volúmenes), Barcelona, 1965, omite el acento sistemáticamente en todos los nombres propios de otras lenguas. Ej. Schlegel, Worcester, Washington.

Frente a esta especie de anarquía, sería oportuno que los organismos competentes, o sea las Academias, y en especial la *Real Academia Española* se expidieran con mayor claridad.

Como bibliografía más actualizada sobre el tema, se puede consultar la publicación de Ángel Rosenblat, *Actuales normas ortográficas y prosódicas de la Academia Española*. Barcelona, Promoción Cultural, 1974. Momentáneamente esta publicación no se consigue fácilmente por estar agotada, aunque es muy probable una próxima reimpresión.

Acentuación de los nombres propios griegos

Es importante conocer la recta pronunciación de los nombres propios griegos, porque en todo ambiente culto aparecen con frecuencia los nombres famosos de la historia, de la literatura y de la mitología griegas. En nuestras épocas clásicas y preclásicas, casi todos los nombres propios griegos recibían doble acentuación: *Penélope* y *Penelope*, *Pentecostés* y *Pentecostes*. En todas partes se tiende ahora a suprimir estas vacilaciones, fijando muchos de estos nombres propios con el acento que tenían en griego.

Debe decirse *Átropo* y no *Atropos*, *Aulis* o *Áulide* y no *Aulide*, *Deméter* y no *Démeter*, *Diotima* y no *Diótima*, *Eufrates* y no *Eúfrates*, *Frine* y no *Friné*, *Herodías* o *Herodiáde* y no *Herodiáda*, *Leónidas* y no *Leonidas*, *Policleto* y no *Polícleto*, *Zoe* y no *Zoé*.

(Véase Amado Alonso —Pedro Henríquez Ureña, *Gramática Castellana*. Primer Curso. Buenos Aires, Ed. Losada, 1958, pág. 155, parr. 184).

Acentuación de los apellidos en la Argentina

Veamos ahora lo que ocurre a los apellidos derivados de otras lenguas que en la Argentina son casi tan frecuentes como los de origen hispánico. Entre ellos, los italianos son más numerosos que en cualquier otro país de habla hispana.

Con respecto a la acentuación ortográfica de dichos apellidos se observa una falta de uniformidad de criterio. Pareciera que el colocar o no el acento ortográfico estuviera librado al criterio de cada cual, con lo que las cosas se complican enormemente en la práctica.

Observando detenidamente la *Guía Telefónica de Mendoza*, 1981—1982, se notan algunas particularidades que nos proponemos analizar:

1. Apellidos (sobre todo italianos) acentuados ortográficamente según las normas de la lengua española: a) Esdrújulos: Ej. *Cánepa* b) Agudos terminados en *-n*: *Menegón, Marcón, Pierobón, Perón, etc.*

2. Apellidos que llevan el acento ortográfico, a pesar de que, según el italiano, debe pronunciarse grave. Ej. *Fórmica* (en lugar de *Formica*).

3. Apellidos que no llevan el acento ortográfico, contrariamente a las normas ortográficas del español:

a) Esdrújulos: *De Paoli, De Paolis, Margini, Luppoli, Corica, Del Favero, Civico, Frugoli* (los diarios sin embargo escriben *Frúgoli*).

b) Agudos (casi todos de origen véneto o friulano): *Ceschin, Brauin, Bressan, Frisson, Citon, Meneghin, Menegus*.

4. Apellidos que en la misma guía telefónica aparecen con acento ortográfico o sin él: *Bécares* y *Becares, Mácola* y *Macola, Fóscolo* y *Foscolo, Fornés* y *Fornes*.

La omisión del acento ortográfico se observa no sólo en muchos apellidos italianos, sino también en los de otras lenguas:

— alemanes: *Wainerman, Weber, Weidenbaun, Weiniger*.

— ingleses: *Walker, Walter, Wilson, Winter*.

— catalanes: *Llorens* (pronunciado a menudo como grave por los inexpertos).

Otra causa de confusión prosódica se debe al hecho de que no todos acentúan las vocales mayúsculas, sobre todo las iniciales. Según Goldsack Guiñazú (*Castellano*. Primer Curso. Buenos Aires, 1953, pág. 171): “Las mayúsculas deben acentuarse, si por las reglas generales corresponde acento en la palabra: *Álvarez, Úbeda, Éfeso, etc.*” Lamentablemente, en la práctica, a menudo se omite el acento ortográfico, no por olvido, sino por razones tipográficas.

La colocación del acento ortográfico en los países de habla hispana no es una mera pedantería, sino que contribuye a mantener la correcta pronunciación de las palabras (en este caso de los apellidos), evitando así confusiones. Por ejemplo los apellidos de origen italiano como *Cíceri*, *Tórtolo*, etc., por no llevar el acento ortográfico, terminaron por pronunciarse *Ciceri* (por lo menos en Mendoza) y *Tortolo*.

Sin embargo hay personas de apellido italiano, nacidas en la Argentina y compenetradas con la importancia del problema que reviste la correcta pronunciación de su nombre, las cuales, por su iniciativa, lo acentúan ortográficamente según las normas de la lengua española. Ej. *Cetrángelo* (apellido que no figura en la Guía Telefónica), Del Pópolo.

Hemos visto más arriba que por lo general se omite el acento ortográfico en los apellidos de origen alemán e inglés. Las personas que llevan dichos nombres podrían justificarse diciendo que no quieren que se modifique su grafía primitiva. A esta objeción se podría contestar en primer lugar que el acento ortográfico no modifica esencialmente sus apellidos y que, si por casualidad se vuelven a los países de sus padres, nadie les va a prohibir que supriman el "sombrecito" español de su apellido germano o anglosajón. En segundo lugar se les podría hacer notar que mientras viven en un país hispánico es útil y conveniente para las personas que llevan dichos apellidos, someterlos a las modalidades de la acentuación ortográfica de la lengua española. Con esto no renunciarían a su identidad, sino, por el contrario, contribuirían a conservarla mejor, en el sentido de que no correrían el riesgo de oír pronunciar su apellido de una manera tal que ellos mismos podrían no reconocerlo, como efectivamente ha ocurrido en algunos casos.

Grafía de los apellidos

Lo que afecta la esencia de un apellido, a los efectos legales, no debería ser la presencia o falta de acento ortográfico, sino el cambio de una o más letras. En efecto, ha sido un procedimiento inconsulto y arbitrario el que han seguido algunos funcionarios incompetentes (o por lo menos distraídos), en el sentido de modificar a su gusto los apellidos, sobre todo los italianos. Por ejemplo, todos los apellidos de origen italiano que en la *Guía Telefónica* figuran con Y (Ej. *Yacomo*, *Yacobucci*, *Yanardi*, etc.) deberían escribirse con G y en algunos casos con I (si son oriundos del Sur de Italia), y nunca con Y, ya que en italiano no existe tal consonante y sólo se emplea en las palabras de otras lenguas.

A menudo se suprimen las dobles consonantes en los apellidos italianos (ya que el hispanohablante desconoce su valor) o bien se agregan sin motivo. Un ejemplo típico es el apellido *Bollati* que en Mendoza se escribe correctamente, pero que en otras partes se escribe *Bolatti*.

Es probable que el funcionario que transcribió originariamente dicho apellido, desorientado por la doble —ll— del italiano (que en castellano rioplatense se pronuncia como y) haya suprimido una l y luego, para “indemnizar” al perjudicado, le haya agregado, “motu proprio”, una t.

Frente a estos cambios arbitrarios de los empleados públicos, los interesados tienen todo el derecho de reclamar de inmediato, porque la mera variación de una letra en un apellido puede acarrear serios problemas, sobre todo en las sucesiones.

Si abundaran los “tíos de Italia”, con ricos legados para todos los parientes, inclusive para los de América (invirtiendo la situación que se daba en otros tiempos, cuando en Italia se hallaba del “tío de América”), más de uno se vería defraudado en sus pretensiones, porque su apellido no resulta idéntico al del difunto. Entonces habría que iniciar una infinidad de juicios, con lo que se abriría un incomparable “venero” (directamente un nuevo “Eldorado”) para abogados y escribanos.

Las conclusiones prácticas a las que se llega son dos:

1. Son los interesados directos los que deberían salvaguardar la correcta grafía y la pronunciación del propio apellido y en especial la correcta acentuación.

2. Los organismos pertinentes (en este caso las Academias de Letras y los Registros Civiles) deberían aplicar, con carácter uniforme y obligatorio, la acentuación ortográfica, según las normas de la lengua española, de todos los apellidos, cualquiera sea su origen o tradición anterior. Esto se debe al hecho de que no se puede pretender que todos tengan buenos conocimientos de otras lenguas. Con este sistema se podría evitar que muchos apellidos sean estropeados en la pronunciación y que ello sea causa de confusiones.

Misión específica de la Academia Argentina de Letras

En el caso concreto de los problemas prosódicos (y también lexicales) que se suscitan en nuestro país, la entidad de mayor jerarquía y autoridad científica que puede solucionarlos es la Academia Argentina de Letras. A tal efecto sería oportuno adoptar las medidas siguientes:

1. Seguir registrando las innovaciones prosódicas y lexicales que se producen casi a diario, mediante la colaboración de todas las universidades nacionales y en modo especial de los institutos de lingüística que son los organismos más indicados para realizar esta tarea.

2. En vez de esperar años antes de expedirse, convendría hacerlo lo más pronto posible a los efectos de ganar tiempo.

3. Por último, la Academia debería difundir con frecuencia a los diarios de todo el país, casas editoras, canales de televisión y emisoras radiales, opúsculos o folletos en donde se dé en forma clara y sintética la lista de los nuevos términos incorporados y se corrijan sobre todo las acentuaciones defectuosas que se registran con mayor frecuencia.

Conviene destacar el papel importante que desempeñan en el mundo moderno los locutores de radio y televisión, como también los periodistas, los cuales, aún sin proponérselo, influyen enormemente, más que cualquier otra categoría de personas, en los aspectos idiomáticos.

No se debe olvidar que en nuestros días es muy poco lo que puede hacer la enseñanza en todos los niveles, si no es apoyada por los medios masivos de comunicación.

De poco o nada sirve protestar contra las formas viciosas del lenguaje una vez que se han impuesto: es más fácil aprender algo completamente nuevo que corregir lo que se aprendió mal.

Urge tomar medidas para conservar la pureza y la unidad de la lengua castellana. Fomentar las particularidades nacionales o regionales no beneficia a nadie, sobre todo en nuestra época en la que se siente cada vez más la necesidad de una lengua universal. Para la Argentina resulta más provechoso seguir perteneciendo a la gran comunidad de los pueblos hispanohablantes que separarse unilateralmente de ellos.

Mario Sartor